

ESPIRITUALIDAD APOSTÓLICA MARISTA

El texto original está en español

1. INTRODUCCIÓN

1. Desde hace tiempo, los Hermanos sentimos la necesidad de adquirir una mayor vitalidad espiritual y encontrar un camino en el Espíritu más adecuado a nuestra vocación de religiosos laicales de vida activa.

2. El 17° Capítulo General propuso, en 1976, la intensificación, en todos los niveles, de las investigaciones emprendidas acerca de la espiritualidad apostólica marista (1). Las Constituciones, aprobadas por el 18° Capítulo General, califican nuestra espiritualidad de apostólica y mariana (C 7).

3. El informe que el R. Charles Howard y su Consejo entregan al Instituto al finalizar su mandato, plantea la dificultad real que experimentamos los Hermanos de vivir una espiritualidad adecuada a nuestra vocación.

4. El 19° Capítulo estudia el tema y elige la espiritualidad apostólica marista como una de las cuatro prioridades que orientarán el Gobierno y la vida de los Hermanos en los próximos ocho años. Interpretamos esta opción como una respuesta al Espíritu que sin cesar nos guía y renueva.

La reflexión que entregamos como Capítulo quiere destacar la nota apostólica de nuestra espiritualidad.

II. REALIDADES QUE NOS AFECTAN

Al contemplar la realidad del mundo y de la Iglesia, detectamos algunos fenómenos que creemos influyen en el modo de concebir la espiritualidad.

Del mundo

5. Nuestro mundo sigue dominado por el materialismo, las divisiones, las desigualdades y las injusticias. Reconocemos en él fuertes llamadas de Dios a colaborar en su plan de salvación, comprometiéndonos en la construcción de una sociedad más justa, fraterna y trascendente.

6. A pesar del impacto del materialismo, del secularismo y del ateísmo, existe, sobre todo en los jóvenes, una sed de lo trascendente y una búsqueda de lo espiritual.

De la Iglesia

7. La Iglesia se va renovando. se comprende mejor a sí misma desde la comunión, asume una postura de mayor encarnación en el mundo e intenta ser más servidora del hombre.

8. La vida religiosa apostólica se entiende a sí misma, en el espíritu de las bienaventuranzas,

no desde la huida al desierto, sino desde el acercamiento al hombre y al mundo para anunciar y consolidar en ellos el Reino de Dios.

9. Se advierte un resurgir de la conciencia eclesial sobre los seglares y una mayor claridad sobre su identidad, vocación y misión.

De nuestro vivir

10. Al mirar la realidad espiritual de nuestras comunidades y Provincias, seleccionamos los siguientes aspectos positivos:

- los ejemplos de numerosos Hermanos que integran en sus vidas el amor a Dios y el servicio generoso a los niños y jóvenes;
- la experiencia de Hermanos especialmente sensibles al mundo de los pobres en quienes reconocen y sirven al Dios vivo;
- la reorientación evangelizadora y educativa de las instituciones escolares y la especial sensibilidad por los jóvenes en dificultad; la fuerte llamada a compartir con los seglares nuestra espiritualidad y carisma, lo cual enriquece nuestra propia experiencia;
- la preocupación por encontrar caminos que permitan a nuestros Hermanos mayores ejercitar su dimensión apostólica y compartir su espiritualidad;
- una mayor valoración de Champagnat como modelo espiritual de nuestra vida de consagrados.

11. *Encontramos también aspectos importantes que debemos mejorar:*

- alcanzar una mayor unificación de vida;
- desarrollar el ejercicio personal y comunitario del discernimiento;
- llevar a la práctica el acompañamiento espiritual;
- adquirir estilos de vida más sencillos, evangélicos y acogedores;
- abrir nuestras comunidades al entorno para sintonizar con sus necesidades y dejarnos interpelar;
- escuchar el clamor de los pobres y ser solidarios con ellos;
- ser hombres de oración más profunda y cristocéntrica; compartir la Palabra de Dios en comunidad y hacer que el contenido de las celebraciones y de la oración de nuestra comunidad esté más de acuerdo con la vida y misión de sus miembros;
- lograr que nuestro testimonio como comunidad orante y apostólica, sea más evidente y comprensible.
- hacer que María inspire más nuestra vida y acción y sea realmente modelo y compañera de camino.

III. NUESTRAS CONVICCIONES

Dios presente en el mundo

12. Descubrimos y experimentamos a Dios en las realidades temporales propias del ministerio que ejercemos, y percibimos el mundo como el lugar donde escuchamos, servimos y amamos a Dios.

13. El Padre amó al mundo de tal manera que le entregó su Hijo. En su infinito amor, continúa apasionado por el hombre y el mundo de hoy con sus dramas y esperanzas. Suscita

en nosotros, como don, el que nos responsabilicemos de ellos, el que nos sensibilicemos ante sus problemas, el que acojamos sus desafíos, el que intentemos responder, en obediencia, desde nuestra misión, a las necesidades que en ellos encontramos.

14. Desde esta óptica, el mundo deja de ser considerado un obstáculo y se convierte en lugar de encuentro con Dios, de misión y de santificación. En él ejercitamos la presencia de Dios tan querida de nuestro Fundador y de tantos Hermanos.

Hermanos apasionados por el Evangelio

15. Nos apasiona Jesús y su Evangelio. Él es la razón de ser de cuanto hacemos. Mantenemos una relación vital y profunda con Él en los sacramentos, en la oración personal y comunitaria y en la acción apostólica. Su Espíritu nos lanza al mundo como en Pentecostés, con entusiasmo y generosidad, para continuar desde nuestra misión su obra de salvación, evangelizando (cf C 79, 80).

16. En la oración y en el trabajo apostólico experimentamos lo que le ha costado a Cristo salvar al mundo y lo que le sigue costando, y esta experiencia nos aguijonea a desplazarnos, con audacia y sentido misionero, a misiones de frontera, a zonas marginales, a ambientes inexplorados, donde la implantación del Reino se ve más necesaria (cf C 83).

17. María, asociada a la misión de su Hijo, es nuestro modelo y compañera (cf C 4, 87).

La entrega a los demás desarrolla la espiritualidad

18. En nuestra inserción en el mundo, seguimos el ejemplo de Jesús que *se hizo semejante a nosotros* (2) y que vivió en una unidad perfecta la fidelidad a la voluntad de su Padre y la entrega sin límites al hombre.

19. Vivimos y desarrollamos la espiritualidad en la entrega a los demás (cf C 7). El pobre, el niño, el joven y el Hermano de comunidad se convierten a diario, para nosotros, en sacramentos vivos de Dios e interpelaciones del Espíritu (cf C 83). En el servicio a estos prójimos integramos, como Jesús, el amor a Dios y al hermano, la contemplación y el apostolado.

20. Vivimos la presencia entre los jóvenes, tan recomendada por el Fundador, como lugar de encuentro con Dios (cf C 81). La acción apostólica, así entendida, lejos de entorpecer la unión con Él, la favorece y la expresa (cf C 7).

21. María nos sirve de ejemplo. Atenta a las necesidades de su pariente y en actitud de servicio, vive una profunda experiencia espiritual y por su mediación el Espíritu es comunicado a Isabel. Su Magnificat es una expresión maravillosa de unificación interior: experimenta a Dios en lo íntimo de su corazón y en el compromiso con la liberación de su pueblo.

Vivir y compartir la espiritualidad de Champagnat

22. Champagnat con su vida nos anima a amar a Dios desde el mundo y amar a éste desde Dios.

23. En el encuentro con el joven Montagne, movido por el Espíritu, revive la experiencia del amor incondicional de Jesús y de María por la humanidad. Lleno de compasión, se lanza a la aventura de fundar una familia de Hermanos que entreguen sus vidas en servicio de los niños y de los jóvenes, especialmente de los más desatendidos (cf C 2, 81).

24. Esta apertura al amor de Jesús y de María y a los acontecimientos y necesidades de su tiempo le permite unificar su vida y estar en comunión con Dios tanto en el Hermitage como en las calles de París (cf C 2). Su alma vibra apostólicamente de tal forma que no puede ver a un niño sin que le asalte el deseo de enseñarle el catecismo y decirle cuánto le ama Jesucristo (cf C 2).

25. Revivir esta experiencia espiritual y compartirla con los seculares, es una forma concreta de prolongar en nuestra historia el don que es Marcelino para la Iglesia.

IV. LLAMADAS QUE SENTIMOS

26. A una oración renovada. Abierta a la realidad de la creación y de la historia, eco de una vida solidaria con los hermanos, sobre todo con los pobres y con los que sufren (3). Una oración apostólica que recoge las penas y alegrías, las angustias y esperanzas de quienes pone Dios en nuestro camino (cf C 66, 71).

27. Al encuentro con Dios en lo cotidiano. La búsqueda de su voluntad en el trato con las personas, en las ocupaciones diarias, en las actividades de la comunidad y en la fidelidad humilde de todos los días, nos unifica en el amor (cf C 44).

28. A la escucha y la meditación de la Palabra de Dios, personal y comunitariamente, que, acogida en la historia concreta que vivimos, nos dispone para interpretar los signos de los tiempos y para descubrir por doquier la intención divina (4).

29. A desarrollar el ejercicio personal y comunitario del discernimiento evangélico como entrenamiento ininterrumpido en la interpretación del sentido sacramental de la realidad (sucesos, personas, cosas) que se convierte en lugar de comunión con Dios (5).

30. A ver en la comunidad, como familia unida en el nombre del Señor, una realidad teologal; espacio en donde la experiencia de Dios puede alcanzarse su plenitud y comunicarse a los demás (6).

31. A un proyecto personal y comunitario que facilite el contacto con Dios: ritmos mantenidos de oración personal, práctica del acompañamiento espiritual, uso equilibrado de los medios de comunicación social, estructuras comunitarias que faciliten el trabajo pastoral, simplificación frente a un activismo exagerado, revisión de la jornada...

32. A reconocer en las culturas de los pueblos que evangelizamos la presencia de Dios. Desde el alma cultural de cada pueblo, descubierta y amada, lugar donde se hacen presentes las semillas del Verbo, crecemos en nuestra experiencia de Dios.

33. A enriquecer la herencia espiritual legada por Marcelino, compartiéndola con los seculares. Compartir con ellos las múltiples formas de presencia del Señor, la sobreabundancia de gracia en cada hombre y los infinitos caminos de crecimiento en la fe, nos enriquece.

V. LÍNEAS DE ACCIÓN QUE PROPONEMOS

34. La evolución hacia una espiritualidad apostólica donde los Hermanos nos encontremos con Dios, no sólo en la oración, sino también, en la acción apostólica, es un proceso que requiere tiempo y pedagogía apropiada.

En concreto, proponemos:

35. PARA EL INSTITUTO

Promover procesos de formación en la espiritualidad apostólica marista, bajo la responsabilidad del H. Superior General y su Consejo. Esto implica:

- alentar la profundización en el estudio de la espiritualidad apostólica marista (rasgos, pedagogía, etc.);
- organizar cursos de preparación de animadores en esta espiritualidad;
- acompañar los planes de formación de las Provincias y de los centros de formación permanente, de forma que posibiliten la iniciación o afianzamiento de los Hermanos en este camino de crecimiento espiritual.

36. PARA LA PROVINCIA

Las Provincias promueven procesos de discernimiento para elaborar su Plan Pastoral y Apostólico. En este proceso que involucra a todos los

- Hermanos se buscará cómo integrar las distintas facetas de la vida del Hermano: oración, comunidad, apostolado.
- El Consejo Provincial promueve talleres de oración que permitan mejorar la oración personal y comunitaria, en clave de espiritualidad apostólica.
- El H. Provincial fomenta el acompañamiento espiritual para ir unificando la vida de cada Hermano desde la actividad apostólica que realiza.
- Los Superiores brindan a los Hermanos un acompañamiento espiritual adecuado a las experiencias de solidaridad, de contacto con los seculares, de apertura de la comunidad..., para lograr desde ellas una sensibilidad apostólica mayor y una mejor unificación de vida.

37. PARA LA COMUNIDAD

- Cada comunidad se propone progresar en el compartir la vida, los sentimientos, la misión y la fe.
- Cada comunidad, al elaborar el proyecto comunitario, determina caminos de renovación de la oración, tanto personal como comunitaria, de forma que se convierta en una oración apostólica, abierta a la realidad, atenta a la Palabra de Dios y solidaria con el mundo.
- Que la organización de la comunidad ayude al crecimiento en la fe dentro de las exigencias del trabajo apostólico de cada uno de los Hermanos (horarios, oración, encuentros...).
- Cada comunidad ora y comparte comunitariamente el Evangelio, las Constituciones, los documentos capitulares y los acontecimientos, con material apropiado.

- (1) Cf “Actas del 17º Capitulo General”, P. A. C. nº 5, *Proposiciones*.
- (2) *Flp 2, 7*
- (3) “*Dimensión contemplativa de la vida religiosa*”, nº 5
- (4) *Idem, 8*
- (5) *Idem, 14*
- (6) *Idem, 15*